

Un tío materno de la madre de Novo fue quien los invitó a vivir en Torreón; habitaron una casa por la Alameda



Dos Siglos de Historia...

EN EL SIGLO DE TORREÓN

Coordinación de la serie:
Yeye Romo Zozaya

El Centauro del Norte se disponía en esas fechas a tomar la población que estaba bajo control de las fuerzas federales

SALVADOR NOVO VIVIÓ LA REVOLUCIÓN EN TORREÓN

POR DOMINGO DERAS TORRES

Andrés Novo Blanco (español-gallego) y Amelia López Espino (zacatecana), junto con su menor hijo de seis años, Salvador (1904-1974), emigraron de la Ciudad de México hacia el norte del país, en 1910, año en que estalló la Revolución. A invitación de José Novo (hermano de Andrés), arribaron a Chihuahua, donde el patriarca de la familia encontró empleo, para después trasladarse a Jiménez, población donde fue contratado para trabajar en la tienda de la familia Russek; al correr el tiempo, los Novo recibieron la oferta de Francisco C. Espino (tío materno de Amelia), para mudarse a Torreón.

Andrés y Amelia, ante el estallido revolucionario y el temor de que la capital del país sería escenario de cruentos enfrentamientos, tomaron la decisión de buscar mejores condiciones de vida para su hijo en tierras norteñas. Francisco C. Espino era un próspero comerciante de semilla de algodón, la bonanza del mercado de la fibra blanca le dio una situación financiera desahogada, invirtió parte de su capital en la construcción de varias casas en la esquina surponiente de la avenida Hidalgo y calle Ramón Corona.

Los Novo López, primeramente, vivieron en una casa por el entonces desolado rumbo de la Alameda. El pequeño Salvador fue inscrito, para estudiar el tercer año de primaria, en el Colegio Modelo, ubicado entonces en la acera poniente de la calle Treviño, entre avenidas Juárez y Morelos, el que año después fue trasladado a la misma Morelos, casi esquina con Calzada Colón. Dicha institución educativa fue propiedad de la maestra "Finita" Sánchez, quien al discurrir el tiempo la vendió a la profesora Elvira Vargas; desapareció a mediados del Siglo XX. Era un colegio exclusivo para niñas, pero el año en que ingresó el menor Salvador, también fueron aceptados otros niños: Raúl López Sánchez (exgobernador de Coahuila y exsecretario de Marina en el régimen alemánista), Fernando Hernández, Onésimo Cepeda Villarreal y Napoleón Rodríguez de la Fuente. Entre las compañeras con quien más convivió, refiere en sus memorias, fueron Julieta García Garza (después de Soria), Justina Arribillaga (después de Franco Armendáriz, Otilia Alemán (después de Méndez, madre del actor Julio Alemán), Guadalupe Amador (después de Berumen) y Basilia Galindo. (La Vida en México en el Período Presidencial de Adolfo Ruiz Cortines. Autor: Salvador Novo, tomo II, pág. 437. Ediciones Conaculta. Año 1997).

Por aquellos días, Torreón era una ciudad frecuentemente asediada por los ataques de los revolucionarios, sus calles se habían convertido en sangrientos campos de batalla, donde Francisco Villa y sus tropas hicieron historia. La matanza de chinos, en la toma de 1911, fue noticia que dio vuelta al mundo. En la primavera de 1914, el tío Francisco convenció a su sobrina Amelia para que se mudara junto con su esposo, y su hijo Salvador, a una de las casas de su propiedad que tenía por la calle Ramón Corona. Les refirió que allí tendrían más seguridad, pues era un sector más poblado, vivirían a un lado de su domicilio, así se cuidarían mutuamente durante las refriegas. Novo narra en sus memorias: "Las casas eran catea-



Salvador Novo y su madre, Amelia López Espino, la mujer que se enfrentó a Villa a reclamar la vida de su esposo.



En 1917, concluido su sexto año de primaria en la Escuela Centenario, Salvador Novo y sus padres regresaron a la Ciudad de México (foto de esa época).

das a cualquier hora, y cualquier fotografía, documento, o periódico, se consideraba prueba contra cualquier sospechoso, y determinaba su muerte, el saqueo y el incendio de su casa".

1914 fue un año muy convulsivo en la vida de Torreón. Años atrás, el 15 de septiembre de 1907, había dejado de ser villa y adquirió el rango de ciudad. El Centauro del Norte que se encontraba bajo control de las fuerzas federales del usurpador Victoriano Huerta. El general José Refugio Velasco, jefe de la División del Nazas, se pertrechó con gran cantidad de hombres, artillería, parque y armas para resistir el avasallante embate de las tropas revolucionarias. El fiero asalto sobre Torreón se inició el 28 de marzo —ya habían caído Lerdo y Gómez Palacio—, fueron cinco días de incesante fuego con un alto costo de

vidas. Los torreoneses se encerraron a piedra y lodo en sus viviendas, afuera todo era olor a pólvora y muerte; el ejército de Velasco fue derrotado y abandonó la ciudad el 2 de abril, al amparo de una densa tolvanera. Villa entró triunfante a la ciudad.

Precisamente, el día que los revolucionarios entraron a Torreón, la familia Novo hacía su cambio de domicilio a la calle Ramón Corona 414 sur (actualmente local de Refacciones Elfer). "El carro de mudanzas había acabado de depositar nuestros muebles en la casa del tío Francisco, como a las dos de la tarde, y él y mi padre se mostraban nerviosos. Los villistas acababan de entrar a la ciudad, con sus habituales alaridos, sus tiros disparados al aire, sus cabalgatas por las calles", anotó en las crónicas de su infancia el exconrista de la Ciudad de México.

Minutos después, y ante el peligro, se encerraron en la casa hasta donde fue la soldadesca y llamaron a la puerta. Novo continúa con el relato: "Fue mi madre quien abrió... el tío Francisco y mi padre habían acabado de salir por la casa de la avenida Hidalgo, y corrían por ella. Al verles, los bandidos no aguardaron más... mi madre y yo alcanzamos a escuchar dos detonaciones, y luego les vimos regresar hasta nosotros, romper la puerta, entrar, comenzar un saqueo en que participaban ávidos todos los habitantes de los jacales inmediatos". (La Estatua —Sal. Autor: Salvador Novo, págs. 55, 56 y 57 Ediciones Conaculta. Año 2002).

Ante los angustiantes sucesos, la mamá del que fuera Premio Nacional de Literatura en 1967, tomó a su hijo Salvador y lo resguardó con unos vecinos, mientras averiguaba el



Francisco Villa le dio un salvoconducto al padre de Salvador Novo, para que viajara a la ciudad de El Paso, Texas.

paradero de su tío y de su esposo. Y detalla el dramatismo del momento: "Nunca he visto a mi madre más pálida, ni más serena, que en ese momento. Me tomó de la mano y me llevó a la casa de junto, de los griegos Giannacópulos, a quienes ni siquiera tratábamos aún, y depositando en sus manos un pequeño bulto con dinero y papeles, les pidió que se encargaran de mí, porque ella iba a regresar a la casa donde probablemente la matarían. Si eso ocurría; si ella no volvía por mí, y mi padre, como suponía, había muerto también, les rogaba que me enviaran a México con su familia".

Ya por la noche de ese día, se supo que el tío Francisco había sido asesinado por los villistas. También se tuvieron noticias que el padre de Novo estaba vivo, se mantenía oculto, pues fama tenía Villa por su animadversión hacia los españoles, sobre todo a los adinerados, a quienes les sacaba

"préstamos forzados para la causa". Y, a los que les iba peor; los fusilaba. La señora Novo se armó de valor y fue a encarar al Centauro del Norte, le pidió que respetara la vida de su esposo, éste le dijo que "los muchachos se habían equivocado, y habían matado a su tío. Ya ni remedio; pero en cambio, iba a perdonarle la vida a su marido el gachupín. Esto sí, a condición de que al día siguiente se largara al extranjero, para lo cual le daba un salvoconducto con su firma asquerosa, que por mucho tiempo conservamos como una curiosidad tatarológica", escribió, el que también fuera, gran chef de la cocina mexicana e internacional.

En 1917, Salvador Novo concluyó su sexto año de primaria en la Escuela Centenario, sus padres tomaron la decisión de regresar a la Ciudad de México, para inscribirlo en la Escuela Nacional Preparatoria —entonces no existía la educación secundaria— y continuara sus estudios. Ya instalado en la capital del país, y al trote de los años, en pleno ejercicio de su oficio literario, el autor de "Nueva Grandeza Mexicana" (1946), hizo múltiples citas de su vida en Torreón en sus memorias. De su barrio de la calle Ramón Corona recordaba a sus vecinos las familias Anaya, Eppen, Kypurós y Giannacópulos, estas dos últimas fueron propietarias de la fábrica de aguas gaseosas "La Griega", la que se localizaba en la

esquina surponiente de la avenida Hidalgo y calle Ramón Corona (actualmente Refaccionaria Relasa), que fue propiedad de su tío Francisco y se la vendió. En renta, o sea, en la esquina norteponiente (actual local de Auto partes Cimaco), se levantaba la finca de la lavandería de chinos, que fue saqueada durante la toma de la ciudad por los revolucionarios en 1911.

Recordó, también, sus paseos dominicales en la Plaza de Armas, a donde acudía con sus padres a la carpa-cine Pathé, la que se ubicaba en la esquina norteponiente del cruce de avenida Morelos y calle Cepeda (actual Edificio Municipal, antes Banco de México). Novo señala que los médicos que lo atendieron, durante su infancia, fueron los doctores Viesca Lobatón y Diamante Mihaloglou; de este último le asombraba que tuviera ese nombre propio. Sus citas abarcaban, desde luego, sus viajes en tranvía a Gómez Palacio y Lerdo, a donde acudía a las huertas de la Ciudad Jardín, a degustar las frutas propias del verano. Día significativo de su infancia fue aquél cuando hizo su primera comunión, en la entonces capilla del Carmen, de la avenida Matamoros. Asimismo evocó que le fue ofrecida una beca para estudiar la Normal —en el Ateneo Fuente de Saltillo, donde hubiera egresado como

maestro de primaria, oferta que fue rechazada por Amelia, su madre, quien veía el futuro académico de su hijo en las aulas universitarias de la Ciudad de México.

Novo nació a las letras en aquella casa de la calle Ramón Corona. Allí escribió sus primeras poesías que fechó en el año 1915, las que guardó durante años bajo el título de "Poemas de mi Infancia", y que después publicaría en su libro de poesía completa (1955). El tío Francisco contaba en su casa con una biblioteca, a donde acudía el que con los años se convirtió en un prolífico y galardonado escritor; a sumergirse en las insondables aguas de la lectura, hábito obsesivo que practicó hasta el anochecer de su vida. Irreverente, lúdico, irónico y mordaz fue en el quehacer de la palabra hablada o escrita. Novo rasgó esquemas, hizo trizas los cánones de la formalidad, a sumergirse en las insospechadas críticas encendían ánimos, se burlaba de sí mismo y de los demás. Su poesía y su prosa saetearon a grandes figuras del arte, la política y el periodismo, a quienes aguijoneó con el arpón de su pluma. Llegó a estocar a grandes figuras de la historia nacional. Así era, el que en el oficio periodístico, sentenció: "Redactó a la velocidad de 15 minutos la cuartilla".

En 1965, el periodista Emmanuel Carballo, le hizo una amplia entrevista en donde, entre otras interrogantes,

lo inquirió acerca de algunas figuras de la Revolución Mexicana. Novo, con su incomparable estilo contestatario, así respondió: "¿Qué me dice de Francisco Villa?" "Sus hordas mataron a un tío de mi madre. Ésta fue, en Torreón, a platicar con Villa. "Ya lo mataron mis muchachos —le dijo—, ni modo. En compensación, a tu marido le perdonaremos la vida, aunque sea gachupín."

SALVADOR NOVO

—"¿Conoció a Madero?" "A los seis años me llevaron a verlo, como hoy llevan a los niños a contemplar los cambios en el zoológico de Chapultepec."

—"¿Y a Carranza?" "En Torreón, mi padre, y yo con él, fuimos a un desfile en el que participaba Carranza, ese precursor del cine y la televisión. Fue para mis ojos un día de fiesta: había tan pocas diversiones!"

—"¿Le interesa la novela de la Revolución?"

—"La novela de la Revolución es muy aburrida, y lo que es peor, nació muerta... A estos brutos, los revolucionarios como Zapata y Villa, los escritores los hicieron hombres, figuras: les concedieron la facultad del raciocinio, la conciencia de clase... En otras palabras, los inventaron". (Protagonistas de la Literatura Mexicana. Autor: Emmanuel Carballo, pág. 313. Lecturas Mexicanas. SEP. 1986).